



Foto: Adriana Lopez Sanfeliu

LA REPRESENTACIÓN DE LOS GITANOS EN LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN

JOAN M. OLEAQUE*

En el ciberespacio o en la transmisión convencional, los medios perpetúan todos los estereotipos gitanos, algo que se ha acrecentado con la crisis económica y la precariedad del periodismo en España. Sólo el rigor y la misma voluntad de los gitanos de inferir activamente en este flujo ayudará a que las cosas cambien en el tiempo que nos llega.

En nuestros días, todo el mundo entiende —o al menos, ha escuchado alguna vez— que los medios de comunicación definen el entorno en que vivimos. Con el estallido de las redes sociales y las nuevas tecnologías, este apunte hay que elevarlo hasta el paroxismo, ya que todo el mundo tiene la posibilidad, digamos, de hacer de periodista. Así, desde la red, y aún desde los medios tradicionales, se nos indica cómo ha sido, cómo es y cómo debería ser nuestra vida social. Por encima del análisis histórico y más allá del estudio sociológico, la visión de los medios de comunicación transmite una imagen de la realidad que hoy es asumida, de modo inconsciente, por la inmensa parte del planeta. Los grandes medios lo hacen más cada día, experimentan con más modos y maneras para ello. A veces con tosco estilo, otras desde una perspectiva más sutil. Deciden lo que existe y lo que no. Y cómo existe. Y desde qué punto de vista hay que pensar sobre ello. Internet lo repica hasta el infinito, incide sobre ello, lo matiza. Pero no lo cambia. Al menos, aún no. Una cosa es lo que muchos gitanos, a través de un uso real y vivo de Internet, están haciendo para comunicarse y potenciar un punto de vista propio a través de las redes sociales. Otra, el reflejo en Internet —normalmente atroz— que se les ofrece en los medios digitales mayoritarios.

* **Joan M. Oleaque**, periodista, escritor y profesor de periodismo en la Universitat Internacional Valenciana / VIU, forma parte del equipo organizador de Vidas Gitanas y es miembro del Consejo Académico del Instituto de Cultura Gitana.

En el momento en que la inmigración ilegal empezó a proliferar en España, quizás se podía pensar que la comunidad gitana iba a dejar de ser mediáticamente eso que la veterana periodista Maruja Torres refirió una vez como «españoles en el cuarto trastero». No porque los medios, de pronto, fueran a convertirse en solidarios, sino, más bien porque los inmigrantes que llegaban estaban en peor condición que los gitanos, iban a ser más débiles y desconocidos, y, por tanto, más susceptibles de ser maltratados socialmente, y de que eso impregnara el lenguaje periodístico. Si, como podía pasar, los inmigrantes iban a ser mal tratados en los medios, por fin se vería claro que los errores periodísticos españoles en relación al racismo no tenían tanto que ver con las características del grupo sobre el que se aplicaba, sino con la relación de superioridad con la que la sociedad mayoritaria puede llegar a contemplar y a contar su entorno. Sin embargo, no ha sido así: si bien hay abundantes casos de informaciones en nuestros días en que la xenofobia, en mayor o menor grado, ha ido impregnando con su tufo lo escrito o emitido, en muchos casos ha venido prevaleciendo una visión incluso más considerada para con los inmigrantes que con los gitanos. En realidad, la mala imagen social y mediática parece que se ha recrudecido, identificándose *lo gitano* con lo miserable. El gitano, pues, que no pertenece a ese estrato social, o que sale de él para mejorar, deja de ser percibido por la sociedad mayoritaria y por los medios periodísticos como miembro *real* del colectivo. La dependencia que ha marcado la política de muchas asociaciones, el anclaje en el analfabetismo, el fracaso escolar, la pérdida de tantos trenes de nuestro pueblo, la ausencia de referentes... Todo ello ha contribuido a que el pueblo gitano sea totalmente ajeno a los grupos de presión, algo que parecía vislumbrarse en los primeros y muy reivindicativos tiempos del llamado movimiento asociativo gitano. En consecuencia, el tratamiento mediático de los asuntos gitanos acostumbra a ser tan poco considerado como suele serlo con el resto de grupos sociales que ni protestan, ni transmiten una sensación de avance y de influencia.

EN ARAS DE LO PINTORESCO

Y así, el pueblo gitano, a veces sin conciencia de metas comunes, a veces sin capacidad de ver que es posible una batalla verdadera por cambiar su imagen, se ha convertido en objeto propicio para decir cualquier cosa de él, siempre en aras de lo pintoresco o espectacular. Ni se le considera una comunidad española ni inmigrante, sino otra cosa diferente, una gente que lleva una eternidad en tierra de nadie, y así, en repetidas ocasiones se le



Foto: Jesús Ciscar

trata, favoreciendo el esperpento, dando voz a los que más encajan con los estereotipos gruesos, fáciles, efectivos. Por otra parte, cuando algunos portavoces insisten en dar a los medios una imagen sobre los gitanos idílica, paternalista y, de tan sublime, falsa, la cosa es casi peor. Sobre todo si eso pasa en noticias de sucesos: es algo que sólo empeora la imagen que desde fuera se tiene de los calós, la imagen que se va a transmitir mediáticamente. El periodista percibe que no se le está diciendo la verdad, interpreta que se le está vendiendo un paño cosmético. Y desacredita esa visión.

No hace falta remontarnos mucho tiempo atrás para advertir informaciones o corrillos televisivos en los que se trataba en plan chistoso y de compadreo vejatorio la violencia machista o la homosexualidad. Han sido, realmente, los cambios en la intervención política y en la ley los que han hecho que hoy se asienten nuevas perspectivas en el tratamiento periodístico generalizado de estos temas. Sin embargo, si respectivos y diferentes grupos de presión no hubieran ejercido su influencia sobre estos asuntos, si no hubieran aparecido en los medios, y los medios no hubieran palpitado bajo esa presión socio-política, aún hoy nos encontraríamos con tratamientos inmorales en estos campos. Sucede de modo similar con la inmigración: no faltan ejemplos informativos de trato ignominioso y sensacionalista sobre temas relacionados con la misma, pero, como mínimo, hay muchos de signo contrario, y abundan las organiza-

ciones que defienden sus derechos activamente cuando se vulneran en los medios, y son visibles los periodistas sensibles a esas protestas.

Pero todo esto se hunde en un fango más profundo cuando llegamos al tratamiento informativo de los asuntos referidos al pueblo gitano. No tanto porque no se responda a las malas informaciones —tanto la Fundación Secretariado Gitano como Unión Romaní han hecho comunicados en casos recientes relacionados con sucesos violentos—, sino porque esa respuesta no se atiende, no llega a ser percibida como una obligación moral de consejo y rectificación que debe ser escuchada. La proliferación de programas televisivos sensacionalistas que se venden como de servicio público —o como inofensivo entretenimiento— ha procurado que, en nuestros días, tras cada accidente, cada muerte, cada escándalo, aparezca alguien con un micrófono y con cara de ir a descubrir un nuevo *Watergate*. La velocidad y la necesidad de material de emisión ha hecho —como ya vaticinó el periodista americano Mike Sager, vinculado durante largo tiempo a *Rolling Stone* y luego a la revista *Esquire*— que la superchería y la lluvia sangrienta de naderías impactantes hayan sustituido repetidas veces a los hechos, al rigor, a la originalidad, a los temas propios, a la profundidad de campo. Evidentemente, las radios y los medios escritos no han sido ajenos tampoco a esta deriva tan televisiva, de tal modo que a veces parece que el único periodismo posible hoy sea el más celérico, el exagerado, el que salpica, el que va unido a la opinión en vez de al análisis. Con la crisis económica estructural que ha destrozado en España a nuestra profesión, y con el uso grotesco que se suele dar a los foros digitales —en los que se consienten todas las opiniones racistas y violentas del mundo, con la excusa de que provienen de los ciudadanos—, el pueblo gitano es pasto habitual del peor periodismo. El más amarillo. O, aquel que, bajo una apariencia de distancia o neutralidad, reproduce los tópicos asimilados, ni se molesta en consultar a fuentes provenientes de los gitanos, o se acerca sólo a aquellas que ofrecen una imagen y una voz efectistas.

Cuando esto, en una época de cambios y abismos como la actual, se aplica sobre las informaciones que atienden a un colectivo con una imagen encajada en un tópico que atraviesa generaciones, y con poca influencia efectiva a favor, tenemos la sobrecogedora situación de ahora. Por eso, hablar informativamente mal del conjunto gitano se convierte en una rutina, en algo fácil que siempre se ha hecho, que no da problemas, que no tiene por qué variar. Pese a que destellan ciertos buenos casos de gran periodismo, la mayoría de las veces sólo se habla de *lo gitano* para afianzarlo en una visión de estigma, ya que ésta se ha consolidado como la más noticiable y reconocible.

Delitos, marginación: ésa es la visión preminente con que se transmite la historia informativa de lo gitano, convertido en algo social, algo atrasado, algo que duele, algo anacrónico, una rémora de tiempos oscuros que se magnifica periodísticamente aún más cuando se refiere el último fenómeno, el de la inmigración de gitanos rumanos, convertidos en los más parias de todos, en una especie de cáncer tribal itinerante. Se habla de ellos y se muestra a los más miserables. Se les califica en los medios, y lo hacen vecinos enfadados o la policía. Pocos casos hay en que se explican otras circunstancias diferentes, en que se indaga en quiénes son, en lo que han llegado a ser. Lo asumido como *normal* es tomar la parte más dura o pintoresca por el todo, sin ir más allá, sin intención de hacerlo. Por supuesto, para exigir otro tratamiento adecuado y ecuánime, los propios gitanos hemos de facilitar que esto pueda darse, mostrándonos comprometidos coherentemente con la voluntad de que se cambie. Parece razonable pensar que el avance gitano deba propiciarse, en principio, desde el seno propio de la comunidad, desde las entidades gitanas. Parece razonable pedir que ese avance se perciba y se refleje desde los medios. Si las ONG gitanas no se dedican a eso, sencillamente, habría que considerarlas inoperantes —diciéndolo dulcemente— en una de las cuestiones clave para los gitanos de hoy: su imagen social en el nuevo siglo. Si ésta es mala, no sólo afecta a cómo son percibidos los gitanos, sino a cómo los gitanos nos percibimos a nosotros mismos.

CONDENADOS AL ÁREA SOCIAL

Durante una reciente entrevista, el profesor Marcel Courthiade, lingüista impulsor de la estandarización del romanó, comentaba a quien suscribe este texto que aún le sorprendía lo poco que se sabe en España de la lengua de los gitanos. Efectivamente, no muchos españoles saben que tiene millones de hablantes potenciales en Europa y que en España, prácticamente, ha desaparecido. Según Courthiade, el romanó ha sido perseguido a lo largo de los siglos como lengua de diablos, de engaño para el cristiano. En otros países se dice que también pasó lo mismo, pero, según el experto, el fenómeno no fue comparable. Preguntado sobre qué sentido, más allá del sentimental, podía tener en estos momentos para los gitanos españoles su recuperación, él contestó: «sin la lengua propia, el gitano pierde su acervo cultural, y se ve condenado a seguir como una figura del área de la ayuda social, que es como se le viene considerando desde hace décadas, y lo que da fuerza al racismo». «Yo dividiría la historia del racismo anti-gitano europeo en tres grandes etapas», continuó. Según él, «hay una primera gran época de racismo sin complejos en Europa,

en la que incluso está bien visto ser racista, que dura más o menos hasta la Revolución Francesa; luego, hasta la Segunda Guerra Mundial, se da un racismo legal y *científico*, donde se busca explicación a ese racismo, y en la que el nazismo es el fin de un largo proceso con medio millón de gitanos asesinados». El más reciente tipo de racismo contra los gitanos, apuntaba Courthiade, «está basado en la manipulación, en la negación de la cultura y de la identidad».

Este es el plano en el que aún nos movemos. Los medios, en su gran mayoría, no guían a la sociedad, ni aspiran a hacerlo, tan sólo la reflejan como pueden o les viene mejor. Esta es la realidad, básicamente, aunque el deseo sea otro. Por eso, muchas veces están impregnados de sus peores miedos y reflejos, de sus faltas. Sin embargo, los mejores de ellos, suelen tener la grandeza de apostar —o por acabar apostando— por lo mejor de la misma, por lo que la hace avanzar. Para los gitanos, apostar por lo cultural, de nuevo según el punto de vista de Courthiade, es la clave para trasladar lo gitano al universo de lo «identitario» y para alejarlo del estigma habitual de miseria y marginalidad. «Es necesario atender la tradición de un modo crítico, revisando la historia y la lengua, y después, reforzando el conocimiento de ambas», insistía en la entrevista el propulsor del romanó contemporáneo. De este modo, los reportajes bienintencionados, los que quieren reflejar buenos aspectos de la vida tradicional gitana, dejarían de ser habitualmente pirotécnicos y maniqueos, y las informaciones tendenciosas tendrían muchas menos facilidades para producirse y reproducirse. Desde la cultura, el concepto de raza se sustituiría por fin por el de etnia, se entendería que lo marginal o lo folclórico son elementos que no emanan del hecho gitano, sino que lo condicionan. Con el énfasis en la cultura, y con lo que significa la misma existencia del Instituto de Cultura Gitana, puede por fin asumirse que los comportamientos tribales o incívicos de gitanos excluidos están mucho más relacionados con las mafias urbanas de los diferentes países que con los gitanos que puedan estar leyendo este texto.

Con la fuerza en la cultura en la representación del universo gitano, por tanto, el periodista tendría que prescindir obligatoriamente del fácil recurso al tópico y se vería obligado a afrontar con mayor seriedad y pulso aquellos temas que afectan a la minoría étnica más importante de España. A su vez, los representantes de esa minoría no podrían escapar de su obligación de explicar a los medios las cosas tal cual son. Las leyes, es cierto, ya protegen al gitano como a cualquier ciudadano. Lo que falta por conseguir es que ese espíritu impregne la vida cotidiana, y que tanto periodistas como gitanos sepamos que tenemos la obligación primordial de relacionarnos con la honestidad del rigor.

MARGINADOS O ARTISTAS

JUAN DE DIOS RAMÍREZ-HEREDIA*

Para las organizaciones gitanas uno de los objetivos primordiales, por no decir el que más, es cambiar la imagen que de nosotros tiene buena parte de la sociedad mayoritaria. Y ese cambio sólo se hará realidad si se dan dos comportamientos convergentes ante la opinión pública: por un lado, la voluntad manifiesta de los propios gitanos de superar siglos de separación; por el otro, que los medios de comunicación social colaboren activamente no difundiendo informaciones que en un contexto peyorativo, puedan crear o fomentar una imagen de los gitanos que no se corresponde con la real.

Los medios de comunicación tienen un poder inmenso, y lo tienen para lo bueno y para lo malo. Se nos identifica con todos los vicios y comportamientos incívicos propios de los marginados o los delincuentes, o se nos describe como los mejores cantaores, bailaores o toreros como si se tratase de cualidades intrínsecas a nuestra manera de ser. Tan injusta es la primera identificación, como absurda la segunda.

En general los periodistas desean tratar a las minorías, entre ellas a la gitana, de la misma manera que al resto de los grupos de la sociedad, pero muchos profesionales de los medios de comunicación han llegado a la conclusión de que es más fácil decirlo que hacerlo...

Los gitanos españoles somos más numerosos que los habitantes de varias comunidades autónomas. Nuestra influencia en la historia, la lengua y la cultura, incluso en algunas de las costumbres de nuestro país y de las nacionalidades que lo integran, ha sido fundamental. Debería ser justo que si se tienen en cuenta estas consideraciones, las cosas, informativamente hablando, cambiasen.

Juan de Dios Ramírez-Heredia, periodista y abogado, presidente de Unión Romani es Doctor Honoris Causa por la Universidad de Cádiz. Ha sido Premio de Cultura Gitana 8 de Abril 2008 a toda su trayectoria.